

El liderazgo ausente de los Estados Unidos en el siglo XXI

America's absent leadership in the 21st century

*Eduardo Crivelli Minutti*¹

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
Puebla, México

*Tadeo Cejudo Mejorada*²

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
Puebla, México

Resumen: La promoción de la democracia liberal y de la economía de mercado en las últimas décadas del siglo XX parecían anunciar un panorama prometedor para los Estados Unidos en la escena internacional. Sin embargo, los atentados terroristas del 11 de septiembre en Nueva York terminaron con la utopía liberal. Desde entonces, ha sido particularmente difícil para los Estados Unidos recuperar su liderazgo ante la descalificación de su actuar internacional y las tensiones políticas internas han llevado a los gobiernos estadounidenses de la segunda década del siglo XXI a un esfuerzo de autocorrección para intentar regresar a la grandeza de los tiempos pretéritos. Ante ello, el objetivo de este trabajo es poner de relieve algunos aspectos que alimenten la reflexión sobre los límites de la hegemonía y la ausencia del liderazgo estadounidense en la segunda década del siglo XXI.

Palabras clave: neoliberalismo, hegemonía, Estados Unidos, democracia,

Abstract: The promotion of liberal democracy and the market economy in the closing decades of the 20th century seemed to herald a promising outlook for the United States on the international scene. However, the terrorist attacks of September 11 in New York ended the liberal utopia. Since then, it has been particularly difficult for the United States to regain its leadership in the face of the disqualification of its international actions and internal political tensions have led the American governments of the second decade of the 21st century to a self-correcting effort to try to return the greatness of the past times. Given this, the objective of this work is to highlight some aspects that feed reflection on the limits of hegemony and the absence of US leadership in the second decade of the 21st century.

Key Words: neoliberalism, hegemony, United States, democracy.

¹ Profesor de la Licenciatura en Relaciones Internacionales, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Doctorante en Sociología. Maestro en Sociología, BUAP. Correo electrónico: eduardo.crivelli@correo.buap.mx

² Estudiante de la Licenciatura en Relaciones Internacionales, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Correo electrónico: tadeo.cejudo@alumno.buap.mx

Introducción

El Consenso de Washington y la promoción de las políticas de neoliberalización económica en las últimas décadas del siglo XX parecían anunciar un panorama prometedor para las altas finanzas y un nuevo impulso para los Estados Unidos en la escena internacional (Ikenberry, 2004). Con ello también parecía renovarse la credibilidad estadounidense y su liderazgo moral en el resto del mundo, como resultado de la aplicación y promoción de lo que Samuel Huntington (1991) llamó la nueva ola democrática que marcaba el fin de la Guerra Fría y de los gobiernos autoritarios en gran parte del mundo.

De acuerdo con Francis Fukuyama (1992) la humanidad avanzaba en la senda del desarrollo coherente en el que la economía de mercado se combinaba con la democracia liberal y, a pesar de que Huntington (1996) vislumbraba el comienzo de un choque de civilizaciones por el resentimiento de los pueblos no occidentales hacia los Estados Unidos y Occidente, el mundo estaba concentrado en la revolución científico-tecnológica que transformaba los modos de producción y la economía mundial bajo el peso de las grandes corporaciones. En todo caso, el mismo Huntington (1999) llegó a pensar que lo único que quedaba por resolver era la forma de superar los bloqueos para el comercio cooperativo causados por la disparidad de poder en el sistema de Estados.

Sin embargo, a pesar de que los desafíos definitorios del siglo XX parecían terminar con el fin de la Guerra Fría, el reconocimiento pleno del primer gran desafío del siglo XXI llegó con los ataques del 11 de septiembre de 2001 (Cfr. Giuliani, 2007: 121). Así la utopía democrática se engarzó con los programas de los neoconservadores estadounidenses que proyectaban el Nuevo Siglo Americano³, es decir, la prolongación de la hegemonía de los Estados Unidos para el siglo XXI, buscando conformar el nuevo código de conducta e institucionalización que se debería exportar y, de ser preciso, imponer al resto del mundo, así como Robert Jackson (1993) notó que se había impuesto al final de la Segunda Guerra Mundial.

³ El Nuevo Siglo Americano fue un proyecto de Política Exterior propuesto por un grupo de intelectuales y políticos estadounidenses con miras a prolongar la hegemonía de los Estados Unidos en el siglo XXI, congregando tres ideas esenciales: aumento del gasto de defensa; transformación de las fuerzas norteamericanas de forma que sean capaces de combatir en varias campañas simultáneamente; y mantenimiento de la presencia militar en el Golfo Pérsico (Cfr. Correa, 2005: 76).

Por eso, para David Harvey (2003) los atentados terroristas del 11 de septiembre en Nueva York terminaron por proporcionar a estos neoconservadores una oportunidad para aprovechar el momento de solidaridad y social cohesión que daba el patriotismo estadounidense como base para un nuevo tipo de actividad imperialista y de control interno (Cfr. Harvey, 2016 [2003]: 146). Este proyecto, sin embargo, acabó no sólo por ser una idea utópica, sino que generó una profunda polarización en el tejido social estadounidense y que, a nivel mundial, fomentó el rechazo de la hegemonía por consentimiento y del liderazgo moral en favor del dominio mediante coerción (Harvey, 2005; Arrighi, 2005; Hobsbawm, 2007). De tal suerte que, de acuerdo con Eric Hobsbawm (2007), la defunción del proyecto imperial neoconservador provocó la crisis cultural y política más aguda desde la Guerra de Secesión.

En estas circunstancias, la segunda década del siglo XXI, fue particularmente difícil para los Estados Unidos, pues la descalificación de su actuar internacional y las tensiones políticas internas llevaron a un esfuerzo de autocorrección que pretende, regresar a la grandeza de los tiempos pretéritos. En este panorama surge la interrogante sobre ¿cómo el límite de la hegemonía estadounidense se refleja en las tensiones políticas internas y externas de los Estados Unidos en la segunda mitad del siglo XXI? Para tratar de resolver esa pregunta, una hipótesis que se presenta en este artículo es que en dicho periodo el límite de los Estados Unidos como potencia hegemónica se refleja en las tensiones políticas internas a partir del aumento del autoritarismo y en un liderazgo ausente en los asuntos internacionales.

Es por ello por lo que el presente trabajo tiene el objetivo de hacer un balance sobre los límites de la hegemonía mundial de los Estados Unidos, particularmente en la segunda década del siglo XXI. Para ello, a manera de ensayo, este artículo se divide en cuatro apartados. En el primero de ellos, se reflexiona teóricamente sobre la actual crisis de del capitalismo histórico y de la hegemonía mundial. El segundo apartado, reflexiona sobre el dominio en el proyecto del Nuevo Siglo Americano. En la tercera sección se analiza el dilema del liderazgo estadounidense en la segunda década del siglo XXI. Por último, se presentan algunas consideraciones finales.

1. La hegemonía del neoliberalismo

En lo que va del siglo XXI, el moderno sistema mundial parece vivir una crisis que se expresa en sus dimensiones económicas y geopolíticas. La primera de ellas tiene que ver con la

advertencia de Immanuel Wallerstein (2015), que después de cinco siglos de capitalismo histórico, quedan pocos lugares en el mundo para reubicar los capitales donde salarios sean más bajos para beneficiar a los acumuladores de capital (Cfr. Wallerstein, 2015: 30). Además, las crisis ambientales cobran factura por un modo de producción que requiere de recursos infinitos en un planeta finito, lo que, de acuerdo con Harvey (2005), esto ha llevado a que el motor de la acumulación se active por la flexibilización del trabajo y en la desposesión de los derechos de los trabajadores en todo el mundo.

Las cuestiones económicas entroncan con crisis geopolítica y que se expresa en el lento declive del poder estadounidense como hegemonía mundial desde la década de 1970, lo que para Charles Kindleberger (1973), sería el punto de partida para la inestabilidad financiera que habría de retraer el poder de los Estados frente a las fuerzas del mercado. Esta perspectiva nutre la idea de la interdependencia compleja de Robert Keohane y Joseph Nye (1971), que miraba las complejas conexiones transnacionales que se iban imponiendo sobre las restricciones estatales, lo que permite a Stephen Krasner (1982) llegar a su idea de los regímenes internacionales que terminan por decantar en la idea de Keohane (1984) de un mundo *post-hegemónico* en el que la cooperación y las relaciones entre actores interdependientes podían ser posibles en ausencia de la hegemonía estadounidense.

Quizá los ejemplos más completos y significativos de los análisis de las hegemonías mundiales en ese sentido sean los de Robert Giplin (1981), que piensa que el sistema de Estados pasaría de forma natural hacia el equilibrio mientras no exista una guerra mundial, o los análisis del sistema global de George Modelski (1995) formado por el conjunto de instituciones y los instrumentos para la gestión y el control de los problemas de las relaciones que operan más allá de los problemas sociales de los Estados. De alguna forma estas interpretaciones encontraban su correlato en las tesis de Fukuyama (1992) que no rompía con la coherencia del orden económico y político dibujado por los Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial y, que más bien, tras la caída del bloque socialista parecían haberse hecho globales y universales.

No obstante, Wallerstein (1995) cuestionó la continuidad del orden liberal luego de la Guerra Fría, vislumbrando más bien su final, y algunas perspectivas, como la de Robert Cox (1983), Giovanni Arrighi (1993) o Stephen Gilli (1993) cuestionaron la idea de un orden *post-hegemónico* retomando los conceptos de Antonio Gramsci, para quien la hegemonía era algo más

y diferente que el “dominio” puro y simple y más bien está asociado con “liderazgo intelectual y moral” de un grupo social sobre otros grupos antagónicos. Para Gramsci [Q.8] (*trad.* 1975), las relaciones internacionales habrían de seguir indudablemente la lógica de las relaciones sociales fundamentales, en el sentido que toda innovación orgánica en la estructura modifica orgánicamente las relaciones absolutas y relativas en el campo internacional, a través de sus expresiones técnico-militares (Cfr. Gramsci, *trad.* 1975: 18).

Cox (1983) explica que por “orgánico Gramsci entendía “estructural”, de largo plazo o relativamente permanente, en oposición al corto plazo o “coyuntural”⁴ y, por tanto, lo que quiere decir es que los cambios básicos en las relaciones de poder internacionales o de orden mundial, que son observados como cambios en el balance estratégico-militar y geopolítico, pueden identificarse con cambios fundamentales en las relaciones sociales (Cfr. Cox, 2016 [1983]:145). Por eso, el declive de la hegemonía de los Estados Unidos no puede estar dissociado a la descentralización de su producción industrial entre 1968 y 1973, que habría llevado al aumento de la expansión transnacional secundaria a países y regiones con mano de obra más competitiva.

En este panorama, Arrighi observó que el aumento de la especulación financiera realizada por el capital central empezó a marcarse cuando la inversión directa tendió a dejar paso a las formas menos riesgosas de expansión transnacional como la subcontratación y las licencias (Cfr. Arrighi, 1983: 67, 99). Por eso, con el experimento neoliberal del Estado chileno y en otras partes del mundo, demostró que bajo la privatización forzosa se beneficiaba la acumulación de capital para las élites dominantes y los inversores extranjeros, pero los efectos redistributivos de la creciente desigualdad social fueron un rasgo persistente del proyecto neoliberal⁵ (Cfr. Harvey, 2015 [2005]: 23-24). En todo caso, Friedrich Hayek (1981) decía que era mejor un dictador liberal a un gobierno democrático sin liberalismo⁶ y, por eso, tal y como notó Arrighi (2005) los ideales del Nuevo Siglo Americano pueden enmarcarse en algo parecido a lo que Ranajit Ghua (1987)

⁴ Gramsci advierte sobre el error en que se cae a menudo en los análisis histórico-políticos consiste en no saber encontrar la justa relación entre lo que es orgánico y lo que es ocasional (Gramsci, *trad.* 1975: 33).

⁵ La neoliberalización fue, por lo tanto, desde su comienzo un proyecto para la restauración del poder de clase. De ahí que el neoliberalismo pueda ser interpretado como un proyecto utópico, enmarcado en una teoría para reorganizar el capitalismo internacional, pero también como un proyecto político que restableciera las condiciones para la acumulación de capital y restaurar el poder de las élites económicas (Harvey, 2015 [2005]: 23-24).

⁶ Véase el fragmento de la entrevista en Chamayou (2018; 219).

definió como “dominación sin hegemonía”, aquí comprendida como aquella relación de autoridad que se apoyada sobre la coerción.

En estas condiciones, Arrighi (1993) sostuvo que en las relaciones entre Estados la condición de hegemonía significa liderazgo, pero cuando un Estado es dominante solo porque otros siguen su patrón de desarrollo se trata de un “liderazgo en contra de la propia voluntad”, como bien habría notado Peter Schumpeter (1963), y en este caso la competencia por el poder termina por desgastar al líder. Además, también puede suceder que, al tener dificultades para definir el interés general de todo el sistema, el liderazgo de algún Estado incrementa el poder de un grupo de aliados y por tanto la hegemonía del líder será a lo mucho regional o civilizacional, pero no mundial (Cfr. Arrighi, 1993: 150). Estas situaciones se pueden combinar, pero en ambos casos el Estado habrá dejado de ser hegemónico, por tanto, su liderazgo mundial, si es que existe, se apoyará más sobre la coerción y la dominación que en el consenso, como a continuación se muestra en el proyecto del Nuevo Siglo Americano.

2. La dominación del Nuevo Siglo Americano.

Tras la conclusión de la Segunda Guerra Mundial y el establecimiento de un robusto andamiaje institucional que caracterizaría el orden emergente de la “*pax americana*” la legitimidad de la supremacía estadounidense no habría residido de manera exclusiva en los elementos de llamado *hard power* o poder duro, que le permiten mantener el título de superpotencia, sino en su narrativa excepcionalista. En otras palabras, la incansable promoción del orden democrático liberal y respetuoso de los Derechos Humanos, funcionó como el pilar fundamental para que los gobiernos estadounidenses justificaran su posición en el mundo (Doshi, 2020). Sin embargo, como bien notó Fred Halliday (1983), durante la Guerra Fría ese orden se fue descompensando tanto en la esfera económica como política.

Cuando Reagan llegó a la Casa Blanca en 1981, las políticas neoliberales ya estaban encaminadas y con la capacidad de Wall Street para crear dinero privado parecían venir un futuro prometedor. La retórica de Reagan encontró eco en el orgullo herido de la nación estadounidense ostensiblemente chantajeada por productores de petróleo de Medio Oriente, derrotada por el *Viet Cong* y arrancada de Irán por la revolución Jomeini, contemplando pacíficamente la invasión Soviética en Afganistán. La sociedad estadounidense estaba ansiosa por un nuevo paradigma que

alzara su autoestima y Reagan complació a sus conciudadanos con impuestos más bajos, armamento y una vuelta a los valores puritanos de toda la vida⁷ (Cfr. Varoufakis, 2015 [2012]: 180).

La consecuencia de ello, como bien advirtió Halliday (1983) fue la combinación del enorme incremento del gasto militar y las generosas reducciones tributarias de la población adinerada llevaron al gobierno estadounidense a los números rojos, o bien hacia lo que Yanis Varoufakis (2012) denominó como “los déficits gemelos”: en la balanza comercial y en las finanzas públicas (Cfr. Varoufakis, 2015 [2012]: 43). De acuerdo con Arrighi (2005), en el seno de esos déficits irresueltos nace el proyecto neoconservador estadounidense, que compartió con el neoliberalismo la creencia de que la libre circulación de mercancías y de capital es lo que se necesita para ofrecer libertad y bienestar a todos y cada uno, aunque su objetivo primordial, más bien, consistía en restablecer el orden bajo el liderazgo estadounidense y hacer que fuera respetado, tanto internamente como en la escena mundial (Cfr. Arrighi, 2005: 43).

Por eso, más tarde, la fortuita elección de George W. Bush acercó al grupo de pensadores neoconservadores bien financiados y organizados en *think-thanks* que habrían pretendido imponer al gobierno su agenda, como en otro tiempo también lo habrían hecho los neoliberales, pero esta vez era muy distinta del neoliberalismo. El objetivo primordial de los neoconservadores era restablecer el orden y hacer que fuera respetado tanto internamente como en la escena mundial. Ello implica un liderazgo fuerte en la cúspide y una lealtad inquebrantable en la base, así como la construcción de una jerarquía de poder segura que estribaba en la adhesión de ciertos principios morales, lo cual garantizaba un amplio apoyo electoral de cristianos fundamentalistas con creencias muy peculiares (Harvey, 2016 [2003]: 145-146).

Por eso Hobsbawm (2007) señaló que “un grupo de locos políticos” habrían diseñado un plan para tratar de implantar totalmente en solitario su propia versión de la supremacía mundial, ante los efectos de una globalización que acentúa las disparidades en el mundo, de la crisis del Estado-nación, del racismo y la xenofobia del miedo irracional al terror político que nacen de las dificultades estadounidenses de mantener el orden en un mundo violento (Cfr.

⁷ Los orígenes de los Estados Unidos estrechamente vinculados con los grupos de cristianos protestantes, en especial del puritanismo o protestantismo calvinista, que de acuerdo con Max Weber (1904) habrían ayudado a forjar un “espíritu” capitalista particular y racional que se extendió hasta llegar a dominar la economía occidental.

Hobsbawm, 2007: 61). De acuerdo con el exalcalde de Nueva York Rudolph Giuliani (2007), el liderazgo mundial de los Estados Unidos en el pasado se había valido de la fuerza y la diplomacia al mismo tiempo, y por eso había llegado el momento de una paz realista, inspirados las acciones de Reagan que estaba abierto a negociar, pero listo para abandonar la mesa si las conversaciones no conducían a ninguna parte (cfr. Giuliani, 2007: 128-129).

En efecto, el programa neoconservador de política exterior establecido en el Proyecto del Nuevo Siglo Americano de 1997, tal y como explicaba Thomas Donnelly (2000), recogía que el liderazgo estadounidense era bueno para Estados Unidos y para el mundo. Pero ese liderazgo requería de energía diplomática y compromiso con los principios morales que reconocían en los valores estadounidense los valores universales de la democracia y la libertad, así como respeto a la propiedad privada, al individuo y la ley conformando un código de conducta que se debería exportar y si es preciso imponer en el resto del mundo (Cfr. Donnelly, 2000).

La decisión de la Administración de Bush de responder a los atentados del 11 de septiembre desencadenando una guerra prolongada en múltiples frentes hizo aún más urgente la necesidad de cambiar la política de la década de 1990, reactivando el *hard power* estadounidense, que Bill Clinton parecía haber puesto en hibernación al reducir de forma importante el gasto militar (Cfr. Correa, 2005; 75-77). Además de que la confrontación de los Estados Unidos y sus aliados occidentales en contra del extremismo islámico parecía hacer realidad la endeble tesis de Huntington (1996) sobre el choque de civilizaciones, reactivando los valores tradicionales de la unión americana que se colocaba como líder indiscutible de la civilización occidental.

La amenaza terrorista, permitió al gobierno de Bush actuar en un “estado de excepción” parecido al que describe Giorgio Agamben (2003), en el que la seguridad estatal y la decisión soberana están por encima de la vida de las personas (Cfr. Agamben, 2003: 108). Por eso, para Hobsbawm (2007) el régimen neoconservador se habría propuesto movilizar a los “auténticos estadounidenses”, para luchar contra una oscura fuerza extranjera y contra un mundo que no reconoce el carácter único, la superioridad y el destino evidente de los Estados Unidos (Cfr. Hobsbawm, 2007: 61). De ahí que, la promesa de renovación demócrata del gobierno de Barack Obama habría llevado a retomar el proyecto neoliberal consagrado políticamente en los años del gobierno de Bill Clinton, en el que se forjó un ideal cosmopolita y moderno de progreso, en que la celebración de la diversidad estaba presente.

En otras palabras, con Obama habría regresado el multiculturalismo de los derechos de las minorías, que abrazaba la entrega del poder económico a la banca, la desregulación de las finanzas y la liberalización del comercio. Nancy Fraser (2017) empleó la noción de “neoliberalismo progresista” para dar cuenta de esta paradójica alianza entre corrientes clave de los nuevos movimientos sociales como el feminismo, el antirracismo, el multiculturalismo, los sectores de las finanzas y la alta industria cultural y de servicios, como Silicon Valley, Hollywood o Wall Street, que alinearon al campo progresista con las fuerzas del capitalismo cognitivo y, sobre todo, de la financiarización. El mismo Obama (2007) reconocía la necesidad de renovar el liderazgo estadounidense en esos términos, sin considerar que el poderío estadounidense está en declive terminal, pues eso equivaldría a desconocer su grandeza y su gran objetivo histórico (Cfr. Obama, 2007: 107)

Sin embargo, la elección de Donald Trump como presidente de los Estados Unidos, tal y como explica Franklin Ramírez (2019), activó la alarma del fin del predominio neoliberal en los mismos centros del capitalismo financiarizado del siglo XXI. El discurso de Trump en clave (de pantomima) anti elitista y refuerzo de las representaciones xenófobas, hizo de las minorías y de los migrantes el chivo expiatorio del prolongado malestar de la *white working class* norteamericana (Cfr. Ramírez, 2019: 15). En este escenario, lejos de consolidarse como el líder Occidental que vislumbraba Huntington (1996), los Estados Unidos parecían concentrarse en construir su propio estadio final de desarrollo histórico, como un tentativo de responder a las problemáticas individuales y sociales de los tiempos presentes.

Es por ello por lo que Antonio Duplá (2017) sostiene que las nuevas relaciones políticas entre Donald Trump, con la sociedad estadounidense y el resto del mundo habría desconcertado a las elites tradicionales que se vieron cuestionadas en su monopolio tradicional en las relaciones de poder y ello podría ser uno de los terrenos de posible comparación con una expresión cesarista (Duplá, 2017). En este sentido, José María Lassalle (2018) asegura que dicho cesarismo se habría sustentado en una nueva legitimidad popular que podría romper la dicotomía entre republicanos y demócratas por un vector transversal basado en una mayoría blanca ungida por un cúmulo inabarcable de malestares sentimentales, frustraciones económicas y resentimientos culturales (Lassalle, 2018).

En efecto, para Duplá (2017), la progresiva instauración de una nueva relación directa entre el líder y la masa, las instituciones políticas tradicionales se ven desplazadas y el pueblo acepta esa situación, entusiasmado con su nuevo líder que satisface sus necesidades materiales, aunque los miembros de la elite tradicional se irritan por la amenaza a su poder que representa este nuevo perfil de dirigente, a cuyo ascenso asisten impotentes (Duplá, 2017). Todo esto constituye y refleja las principales contradicciones en la lógica neoliberal que gobierna el orden político y económico norteamericano. En otras palabras, en un abrir y cerrar de ojos, el discurso del gobierno estadounidense pasó del idealismo pragmático de Obama a la disruptiva, franca y poco diplomática lógica sexista, racista y crudamente nacionalista característica de Trump. (Cfr. Regilme; 2019: 3)

Por eso, Lasalle (2018) sostiene que la figura de Trump debe comprenderse como la consumación de un proceso que se remonta a Reagan y que continuaron los neoconservadores y los libertarios del *Tea Party anti-Obama*. Se trata de una revolución posmoderna que organiza ideológicamente una pulsión reaccionaria y sentimental que pretende redireccionar a los Estados Unidos hacia un nacionalismo supremacista, de raíz religiosa, que se confunde con principios morales y que Donald Trump elevó a categorías presidenciales cuando en su toma de posesión acuñó el lema: *America first and only America first* (Lasalle, 2018). Con ello, sin embargo, como bien señala Elliott Cohen (2020), Washington parecía renunciar a sus aspiraciones de liderazgo mundial, abandonando cualquier noción de propósito moral en el escenario internacional.

Por eso, para Regilme (2019), parece desvanecerse la autoproclamada imagen moralista estadounidense al momento de legitimar dictadores y no pronunciarse frente a las violaciones sistemáticas de Derechos Humanos. No obstante, aquellos regímenes internacionales que tanto critica Trump son las bases en las que el liderazgo estadounidense históricamente se ha sustentado (Cfr. Regilme; 2019: 4). Es por ello por lo que, para los futuros gobiernos estadounidenses, resultará esencial reevaluar la universalidad de los valores estadounidenses que apuntalan su actuar internacional con el fin restituir el liderazgo desvanecido en aras de evitar un declive severo.

3. El ausente liderazgo estadounidense

Un nuevo orden mundial parece asomarse tras la ausencia estadounidense en el escenario global con una Europa que, de acuerdo con Perry Anderson (2009), ha aprendido a autogestionarse, mostrándose como la cara amable del imperio al promover la democracia y los derechos humanos, a la sombra de la espada estadounidense. El resto del mundo parece avanzar a diferentes ritmos y velocidades en una recomposición de fuerzas favorable para los países de las periferias de la economía mundial, que se ubican bajo la rúbrica de lo que Samir Amin (2010) denominó como el “despertar del Sur”, en cuestionamiento al Consenso de Washington, guiados por una China, que como bien advirtió Henry Kissinger (2012), emerge con el excepcionalísimo y la fuerza de un pasado milenario, luego de haber sido humillada por poco más de un siglo por los occidentales.

Por el contrario, Trump parece haber afectado el núcleo de los valores tradicionales de la “América” cooperativa y responsable de la seguridad global, pues su inefable “cesarismo” y limitada visión del escenario internacional han orillado a los Estados Unidos a una crisis interna que desafía su liderazgo en la ola de nacionalismos “*a la américaine*” derivados de los predicamentos aislacionistas de una nación que busca reafirmar su posición en un mundo cada vez más interdependiente (Cfr. Regilme, 2019: 10). Una prueba de ello son los esfuerzos llevados a cabo por el gobierno de Trump tanto en el terreno discursivo, como en sus acciones políticas, para tratar de ganar el apoyo del cinturón industrial norteamericano y fortalecer así su posición aislacionista, enfebreciendo el nacionalismo de la clase trabajadora del país.

De acuerdo con Salvador. Regilme (2019), el presidente Trump, a diferencia de sus predecesores, ha abogado por un proteccionismo económico y militar descarado que pretende supuestamente resucitar la grandeza de los Estados Unidos frente a sus grandes desafíos internos: crisis económica, aumento en los niveles de delincuencia, pobreza prevaeciente en las ciudades y un inusual deterioro de sus capacidades militares. Todo esto a través de una retórica que puede ser calificada de populista o providencial, creando enemigos donde no existen, lo que no hace más que sentar las bases para la desagregación social.

Es por ello por lo que, al continuar promoviendo una crítica activa a los principios fundacionales de la unión americana, el discurso de Trump podría derivar en una contradictoria

situación en la que los estadounidenses acepten encontrarse en una posición decadente que requiere de una autocorrección, como infiere del famoso slogan de campaña: *Make America Great Again*. En consecuencia, todo parece apuntar a que el entusiasmo por la autocorrección se ha hecho más urgente tras la desastrosa “*Trump-era*”. (Cfr. Doshi, 2020). Este fallido modelo de gobernanza ha contribuido sustantivamente al aceleramiento de la erosión hegemónica, en el que no solo el discurso, sino la lógica neoliberal de infinita acumulación que profundiza la distribución desigual de la riqueza, tanto en los Estados Unidos como en el resto del mundo, ha exacerbado al descontento incontenible de las clases medias y trabajadoras.

Analizando el discurso de Trump de superioridad empresarial, Luis da Vinha, (2018), destaca algunos de los retos que el sector público tiene que enfrentar a diferencia de sus contrapartes privadas. Dicho discurso se enfoca en procurar que las instituciones de una nación democrática tienden a cambiar de forma radical en los procesos de transición administrativa, por lo que no continúan, como lo haría una compañía ortodoxamente, la línea consecutoria de aceleración en el crecimiento y el aumento de sus ganancias. Además, desde esa perspectiva, el sector público está sujeto a un exhaustivo escrutinio operacional de una gran variedad de fuerzas ajenas a ella que exigen rendición de cuentas. Todo esto, bajo la operación de una compleja red burocrática y organizacional que debe seguir estrictos protocolos de operación en una interminable cadena de mando; situación que ralentiza y limita su eficiencia.

Por lo tanto, son estas astronómicas diferencias operativas y la lógica del servicio público lo que dificultó al equipo del presidente llevar adelante su poco realista proyecto de nación. No obstante, no solo son las diferencias en el orden administrativo las que han reflejado en Trump uno de los mayores niveles de desaprobación en la historia reciente de los Estados Unidos sino su nula comprensión de los constreñimientos constitucionales. De acuerdo con Luis Da Vinha (2018), esta falta de comprensión del orden constitucional de división de poderes, y en franca violación de dicho principio, se ha dedicado a lo largo de su administración a coaccionar a las ramas legislativa y judicial para actuar en concordancia con su agenda personal (Cfr. Da Vinha, 2018: 23). Es esta tendencia a la centralización del poder político la que tiende a vislumbrar el inherente espíritu autocrático del gobierno de Trump.

Este errático comportamiento, incluso ha suscitado un renovado interés por las tesis de Hannah Arendt sobre *Los Orígenes del Totalitarismo* (1951), tal y como sugiere Lyndsey Stonebridge

en una entrevista realizada por Sean Illing (2017), al resaltar las precondiciones características de un orden totalitario que han comenzado a visibilizarse en los Estados Unidos, en respuesta a la pérdida del sentido de la realidad compartida, lo que hace que: “una vez que estás desarraigado de tu sentido de la realidad como comunidad, eso permite que se produzcan todo tipo de otros desarraigados al perder la conexión humana con otras personas, y es entonces cuando se dan las condiciones para el tribalismo y la violencia masiva, para el exterminio de “personas superfluas” (Cfr. Illing, 2019 [2017]). Además de que ciertas declaraciones de Trump recuerdan la consigna de Arendt (1987) sobre que la verdad no se lleva bien con la política.

En cuanto al entorno a las relaciones exteriores, el continuo ataque a los aliados tradicionales no cesó a lo largo de la administración de Trump, sobre todo al insistir en el tema de seguridad colectiva, presionando, por ejemplo, a los miembros de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), en especial Alemania, para realizar su contribución correspondiente al órgano internacional (McTague, 2020). Los gobiernos europeos han debido sortear las presiones de un aliado hostil y ausente en la política europea (Anderson, 2009). Esto no es más que una estrategia que deriva del arrogante exceso de confianza del gobierno estadounidense en cuanto a cómo mira todavía su supremacía.

En esta situación las potencias occidentales parecen seguir un liderazgo ausente de Trump, o, bien para decirlo en términos de Arrighi (1993), un liderazgo en contra de su voluntad, que se nota en la incapacidad del bloque para resolver los mayores retos que actualmente aquejan a la comunidad internacional⁸. Esta falta de liderazgo se puede apreciar desde que Bush decidió la salida de los Estados Unidos del Protocolo de Kioto, y que luego se replica de manera exponencial con repentina decisión de Trump en 2017 de retirar a los estadounidenses del *Trans Pacific Partnership* (TPP), delineado por Obama. Luego, Trump también firmó la salida de los Estados Unidos de la Organización de Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO, por sus siglas en inglés), del Consejo de Derechos Humanos de Naciones Unidas en 2018, del Tratado de Fuerzas Nucleares de rango Intermedio en 2019, del Acuerdo de París

⁸ Salvador Regilme (2019) piensa que la cooperación multilateral característica del orden estadounidense de posguerra se ha debilitado en favor de intereses nacionalistas firmemente constituidos en la política de “*America First*” de Trump, lo que deja el camino libre a las potencias emergentes para desafiar el orden existente, vindicando de sus respectivos intereses nacionales. Además, el rápido ascenso del nacionalismo podría socavar severamente los principios fundamentales que protegen a la ciudadanía en contra de los abusos de agentes estatales y no-estatales.

contra el cambio climático en 2020 así como de la Organización Mundial de Comercio, de la que hará efectiva su salida en 2021.

En este panorama los principales aliados de los Estados Unidos, como la Europa occidental y Japón han aprendido a trabajar sin la asistencia del liderazgo norteamericano, y por eso McTague (2020), observa que la relativa independencia experimentada en referencia a la política exterior estadounidense durante la administración Trump y la búsqueda de más autonomía en la política europea, podría ser motivo de fricciones con Biden y su equipo (Cfr. McTague, 2020). Además, del cambio en las percepciones nacionales ante el aumento de la presencia de una China que, como bien apuntan Javier Vadell y María Francesca Staiano (2020), se mueve en los intersticios de la crisis del multilateralismo y la globalización neoliberal.

En este panorama, las esperanzas de renovación del liderazgo estadounidense se depositan en el gobierno Joe Biden, aunque el hecho de que su elección haya sido mucho más cerrada de lo que se esperaba con 306 votos a favor y 232 en contra, revela una sociedad polarizada y dividida (Electoral College, 2020). Es probable que Biden continúe con la línea política de la administración Obama, pero ello no clarifica cuál será la estrategia para restaurar la imagen de los Estados Unidos, reincorporarse a los organismos internacionales que Trump vio como una carga más que un instrumento y entablar nuevas y vigorizadas relaciones con su extensa red de alianzas. Sin embargo, vale la pena no perder de vista que todo esto, sucede de a la sombra de un Trump debilitado, pero aún presente en el panorama político y que muy posiblemente estará presionando de manera constante a la nueva Administración.

Consideraciones finales

Esta investigación buscó apuntalar los elementos que dan cuenta del fin del modelo hegemónico estadounidense revelando la reconfiguración política interna y los cambios en los procesos moleculares de acumulación de capital a escala mundial. Por eso, lejos de un mundo de cooperación *post-hegemónico* como el que vislumbró Keohane (1984), el escenario mundial se revela caótico, como bien apuntó Arrighi (1993), potencializado por los desequilibrios estructurales y la falta de liderazgo geopolítico de los Estados Unidos, en donde más bien persiste un discurso como el que notó Hobsbawm (2007) tildado de populismo y divisor, evidenciando

la debilidad de los Estados Unidos en sus instituciones nacionales y en el panorama internacional del siglo XXI, para contener el ansia centralizadora del poder.

En este escenario, cabe recordar que para Wallerstein (2004) la configuración de un mundo cada vez más caótico sería resultado de la crisis del capitalismo como sistema. Se trata de una situación que estima su prolongación hasta los próximos veinte o treinta años, sin que nadie la controle, mucho menos el gobierno estadounidense. Las limitaciones estructurales para el proceso de acumulación incesante de capital que rige nuestro mundo actual y estas limitaciones saltan como un freno al funcionamiento del sistema y ello habría creado una situación estructuralmente caótica e impredecible (Wallerstein, 2004: 480).

Por eso, Ramírez (2019) advierte que si se admite que de la combinación paradójica entre estatismo y desregulación podría emerger una nueva forma política en el interior del neoliberalismo que debería considerarse como un “autoritarismo libertario”, el cual sería sin duda el heredero inadvertido de décadas de lo que Fraser (2017) vio como un neoliberalismo progresista, es decir, como efecto de la expansión de un régimen libertario de libertad abocado al desmonte del vínculo social, la solidaridad colectiva y el bienestar público. Una sociedad así desintegrada se priva de resguardar a los individuos, que pasan a demandar el despliegue de una autoridad fuerte que asegure el orden, refuerce los vínculos comunitarios (sobre todo familiares), blinde a las clases trabajadoras y medias frente a las incertidumbres de la experiencia social y los proteja de las amenazas de los “múltiples otros” como los inmigrantes, minorías étnicas, refugiados, terroristas (Cfr. Ramírez, 2019: 24-25).

En medio de estas tensiones, la pandemia Covid-19 puso a la luz la falta de voluntad política y de capacidad administrativa del gobierno estadounidense para controlar la propagación del virus en su país y en el mundo, con un manejo negligente que ha llevado a la muerte de muchos estadounidenses. La tarea de Joe Biden es sortear todos estos obstáculos, pero el futuro es incierto para la reestructuración del liderazgo que los Estados Unidos desesperadamente necesitan. Todo parece indicar que la estrategia de Biden será *gatopardista* en el sentido de que quizá todo cambie para que todo quede igual, sobre todo porque se regresará al modelo tradicional de liderazgo norteamericano de la década de 1990, lo cual no necesariamente representa la respuesta a la serie de problemas estructurales mucho más dilatados que Trump

contribuyó a avivar, erosionando profundamente el andamiaje de las instituciones democráticas estadounidenses.

Referencias:

- Agamben, G. (2003). *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*, Valencia: Pre-Textos.
- Amín, S. (2010). “El capitalismo hoy en día [entrevista por Luque Eduard]”, *Cuadernos del CENDES* 74(27), pp. 141-157.
- Anderson, P. (2009). *El nuevo viejo Mundo*, Madrid: Akal.
- Arendt, H. (2017 [1967]). *Verdad y mentira en la política*, Barcelona: Página indómita.
- Arrighi, G. (2005). “Comprender la hegemonía”, *New Left Review* 32, pp. 20-74.
- Arrighi, G. (1993). “The Three Hegemonies of Historical Capitalism”, en Gill, Stephen (ed.). *Gramsci, Historical Materialism and International Relations*, New York: Cambridge University Press, pp. 148-185.
- Arrighi, G. (1982 [1983]). “La crisis de hegemonía”, en: S. Amin; G. Arrighi; A. G. Frank e I. Wallerstein, *Dinámica de la crisis global*. México: Siglo XXI.
- Correa, M. (2005). “Proyecto para un Nuevo Siglo Americano y la ideologización de la Diplomacia estadounidense”, *Historia y Comunicación Social* 10, 73-90.
- Chamayou, G. (2018). *La société ingouvernable, Une généalogie du libéralisme au toritaire*, Paris: La Fabrique.
- Cohen, A. (27 oct. 2020). “The End of American Power”. *Foreign Affairs*. Recuperado de: <https://www.foreignaffairs.com/articles/united-states/2020-10-27/end-american-power>
- Cox, R. W. (2016 [1983]). “Gramsci, hegemonía y relaciones internacionales: un ensayo sobre el método”, *Relaciones Internacionales* 31, pp. 137-203.
- Duplá, A. (29 mar. 2017). “Trump, la República roma y el cesarismo”, *Galde*. Recuperado de: <https://www.galde.eu/es/donald-trump-la-republica-romana-y-el-cesarismo/>
- Da Vinha, L. (2018). “Managing an “America First” Strategy: Donald Trump 's transition from a private to a public executive”, *Revista Portuguesa de Ciência Política*.
- Donnelly, T. (2000). *Rebuilding America's Defense Strategy, Forces and Resources for a New Century, A Report of The Project for the New American Century*, Washington: Project for the New American Century.

- Doshi, R. (12 oct. 2020). “Beijing Believes Trump Is Accelerating American Decline”, *Foreign Policy*. Recuperado de: <https://foreignpolicy.com/2020/10/12/china-trump-accelerating-american-decline/>.
- Electoral College . (2020). *2020 Electoral College Results* , Washington, D.C: National Archives .
- Fukuyama, F. (1992). *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona: Planeta.
- Fraser, N. (2017). “From Progressive Neoliberalism to Trump-and Beyond”, *American Affairs* 4(1), pp. 46–64.
- Gill, S. (1993). “Gramsci and global politics: towards a post- research ageda”, en S. Gill (Ed.). *Gramsci, Historical Materialism and International Relations*, New York, Cambridge University Press.
- Giuliani, R. W. (2007). “Hacia una paz realista, para defender la civilización y derrotar a las terroristas al amparo del sistema internacional”, *Foreign Affairs* 4(7), pp. 121-139.
- Gramsci, A. (trad.1975). *Cuadernos de la carcel 5*, México: Era-BUAP.
- Ghua, R. (1919 [1987]). *Dominación sin hegemonía. Historia y poder en la India colonial*, Madrid: Traficante de Sueños.
- Halliday, F. (1986 [1983]). *The making of the second cold war*, Great Britany. Thetfrord press.
- Harvey, D. (2016 [2003]). *El nuevo imperialismo*, Madrid: Akal.
- Harvey, D. (2015 [2005]). *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid: Akal.
- Hobsbawm, E. (2007). *Guerra y paz en el siglo XXI*, Barcelona: Crítica.
- Huntington, S. (2019 [1996]). *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Buenos Aires-México D.F.-Madrid: Paidós.
- Huntington, S. (1999). “The Lonely Superpower”, *Foreign Affairs* 2, pp. 35-49.
- Huntington, S. (1991). *The third wave: democratization in the late twentieth century*, United States: University of Oklahoma Press.
- Ikenberry, G. J. (2004). “Illusions of Empire: Defining the New American Order”, *Foreign Affairs* 2(83), pp. 144-154.
- Iling, S. (30 ene. 2019 [29 jun. 2017]). “A 1951 book about totalitarianism is flying off the shelves. Here's why: What Hannah Arendt's philosophy can teach us about Trump, Brexit, and social isolation”, *Vox*. Recuperdao de: <https://www.vox.com/conversations/2017/6/28/15829712/hannah-arendt-donald-trump-brexit-totalitarianism>

- Jackson, R. H. (1993). "The Weight of Ideas in Decolonization: Normative Change in International Relations", en: J. Goldstein and R. Keohane, *Ideas and Foreign policy_beliefs, institution, and political change*, United States of America: Cornell University Press, pp. 111-138.
- Keohane, R. O. (1984). *After hegemony, Cooperation and Discord in the World Political Economy*, New Jersey: Princeton University Press
- Keohane, R. O. y Nye, Joseph (1971). "Trasnational Relations and World Politics, an Introduction", *International Organization* 3(25), pp. 329-349.
- Kindleberger, C. (1985[1973]). *La crisis económica 1929-1939*, Barcelona Crítica.
- Kissinger, H. (2019 [2012]). *China*, México: Debate.
- Krasner, S. (1982). "Structural causes and regimes consequences regimes as intervening variables", *International Organization* 2(36), pp. 185-205.
- Lasalle, J. (7 nov. 2018). "Trump o la supremacía de los santos", *El País*. Recuperado de: https://elpais.com/elpais/2018/11/07/opinion/1541601643_188166.html
- McTague, T. (nov. 2020). "Joe Biden Won't Fix America's Relationships" *The Atlantic*. Recuperado de: <https://www.theatlantic.com/international/archive/2020/11/joe-biden-america-world/617016/>.
- Moldeski, G. (1995). "The Evolution of Global Politics", *Journal of World-Systems Research* 1(1), pp. 348-391.
- Obama, B. (2007). "La renovación del liderazgo estadounidense", *Foreign Affairs* 4(7), pp. 104-120.
- Polanyi, K. (2017 [1957]). *La gran transformación, Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, Ciudad de México: FCE.
- Ramírez, F. (2019). "La pendiente neoliberal: ¿neofascismo, postfascismo, autoritarismo libertario?", en Guamán, Adoración, Aragoneses, Alfons y Martín (Coords.). *Noefascismo, la bestia neoliberal*, Madrid: Siglo XXI, pp. 19-38.
- Regilme, S. S. F. (2019). "The Decline of American Power and Donald Trump: Reflections on Human Rights, Neoliberalism, and the World Order", *Geoforum* 102, pp. 157-166.
- Schumpeter, J. (1963). *The Theory of Economic Development*, New York: Oxford University Press.
- Vadell, J. y Staiano, F. M. (2020). "China en los intersticios de la crisis del multilateralismo y la globalización neoliberal: La Franja y la Ruta en Europa y el caso italiano", *Araucaria* 45(22), pp. 433-455.
- Varoufakis, Y. (2015 [2012]). *El minotauro global, Estados Unidos, Europa y el futuro de la economía mundial*, México D.F.: Crítica.

Wallerstein, I. (2015). “La crisis estructural o porqué los capitalistas ya no encuentran gratificante al capitalismo”, en I. Wallerstein *et al.*, *¿Tiene futuro el capitalismo?*, México: Siglo XXI.

Wallerstein, I. (2004). *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos, un análisis de sistema mundo*, Madrid: Akal.

Wallerstein, I. (1998 [1995]). *Después del liberalismo*, México: Siglo XXI.

Weber, M. (2012 [1904]). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Madrid: Siglo XXI.